

— Ahí está, — dijo.

Y apartando la capa con los codos descubrióse y me indicó con la mirada un ramito de flores que llevaba en la botonadura del chaleco.

— ¡El soldado del *Corso!* — gritó mi madre.

— ¡Él! — exclamé yo con ímpetu y me lancé á abrazarlo. Cayósele el capote con el movimiento, y mi madre lanzó un grito de terror.

— ¿Qué es? — pregunté volviéndome.

Y pude ver que á aquel pobre joven le faltaban las dos manos.

Las había perdido en San Martino.

Nô sé realmente cómo ni por qué; mas puedo asegurar, en cambio, que desde aquel día mi deseo de ser militar se trocó en resolución irrevocable. Vestir el uniforme me pareció algo así como un homenaje á la desventura de aquel desgraciado joven. Y fuí soldado, y ahí tiene usted explicado por qué cada vez que veo en el *Corso* un soldado de caballería, siento que me late el corazón como en presencia de un antiguo amigo, y quisiera ser un niño para echarle un ramito de flores.

— ¿Y aquel soldado? — preguntó la señora con vivo interés.

— Murió.

— ¿Dónde?

— En mi casa, entre mis brazos, en presencia de mi buena madre, con un ramito de flores encima de la almohada.

CARMELA

I

EL suceso que voy á referir acaeció en una islilla que dista unas setenta millas de Sicilia. En la isla no hay más que una población de unos dos mil habitantes, y en ella, en el tiempo en que tuvo lugar el suceso de que se trata, existían de tres á cuatrocientas personas que cumplían la pena de extrañamiento temporal á que habían sido condenadas. Con tal motivo estaba afecto á la población referida un destacamento de unos cuarenta soldados mandados por un subalterno, que se cambiaba cada tres meses. La vida que llevaban los soldados lejos de penosa era por demás agradable, cosa que se comprende fácilmente teniendo en cuenta que el servicio se reducía á la guardia del cuartel y de la cárcel, algún paseo por el interior de la isla, y su poco de ejercicio de cuando en cuando. En cambio el vino era exquisito, y sólo costaba algunos céntimos la botella.

Nada digo del oficial, que gozaba libertad omnímota, y podía darse el gustazo de decir á boca llena: — Soy el comandante general de todas las fuerzas militares de la isla. — Tenía

á sus órdenes dos ayudantes empleados en la guarda de la plaza y alojamiento gratuito en una linda casa situada en el centro de la población. Pasaba las mañanas cazando por los alrededores, las tardes en un pequeño gabinete de lectura con las personas más importantes y las noches paseando el mar en una lancha, fumando excelentes cigarros de á dos céntimos, vistiendo como mejor le parecía y agradaba, libre de cuidados y quebraderos de cabeza, y por tanto tranquilo y contento como unas pascuas. Sólo una idea se oponía á tanta dicha y era la de que tanta dicha no podía durar más allá de tres meses.

La población se levanta junto á la orilla del mar, en el cual tiene un pequeño puerto, y en él, en la época á que se refiere esta relación, entraba cada quince días el vapor postal que hace sus viajes entre Túnez y Trápani. Era caso por demás raro la aparición de otros buques, y tanto es así, que si alguna vez se daba, anunciábase á toque de campana, con lo cual la mayor parte de los habitantes se dirigía á la playa, cual si se tratara de un espectáculo verdaderamente extraordinario.

El aspecto de la población, con ser sencillo y modesto, es agradable y risueño, especialmente la ancha plaza existente en el centro, la cual, como acontece en todos ó la mayor parte de los pueblos de corto vecindario, viene á ser lo que el patio para los inquilinos de una casa grande de ciudad. Hállase enlazada con la plaza por medio de la calle principal, larga, recta y no muy ancha. Las tiendas y los edificios públicos se hallan todos en dicha plaza, y en ella existen también, ó por lo menos existían entonces, dos cafés, frecuentado el uno por el alcalde, las autoridades y las personas principales y el otro por las demás gentes. La casa que ocupaba el jefe del destacamento se levantaba en el lado de la plaza que mira al mar, y como el terreno se eleva suavemente, pero de una manera muy pronunciada, desde la playa hacia el

centro del país, desde las ventanas de su dormitorio, que eran dos, se veía el puerto, una considerable extensión de la playa, el mar y los lejanos montes de Sicilia.

La isla está formada de montes volcánicos, cubiertos de frondosos y espesos bosques de pinos.

Hace tres años, en una hermosa mañanita de Abril, el vapor-correo que iba á Túnez se detenía á la embocadura del puerto de la referida población. En el punto y hora en que apareció en el horizonte, hízose con la campana la señal de costumbre, é inmediatamente acudió á la playa el pueblo entero, y con él el jefe del destacamento, los soldados, el alcalde, el juez municipal, el cura-párroco, el delegado de policía, el administrador de rentas, el comandante del puerto, el sargento de carabineros, y un médico militar, joven agregado al destacamento, que tenía á su cuidado el servicio sanitario de los «confinados.» Acercáronse al buque dos barcasas que tomaron y condujeron á tierra treinta y dos soldados de infantería y un oficial, guapo muchacho, blanco, rubio, de gentil talante, (y lo digo así porque resulta un verso perfecto y acabado) que después de haber estrechado la mano á su colega y correspondido cortésmente á la cariñosa bienvenida de las autoridades, penetró en la población á la cabeza de sus fuerzas, entre dos filas de curiosos. En cuanto dejó acuartelada la tropa, volvió al grupo de los personajes que le aguardaban en medio de la plaza, y el alcalde le presentó á todos y á cada uno de los allí reunidos, con ademán entre alegre y respetuoso, lleno de cordial familiaridad y mezclado de inocente é ingenua sencillez. Terminada la ceremonia disolvióse el grupo, y el oficial, que se quedó solo con su colega, se hizo acompañar á la casa que le estaba destinada. En ella estaba llenando los cofres el asistente del que debía partir, y el del que acababa de llegar, auxiliando á su compañero, esperaba el momento de abrir los suyos. Pasada una hora todo estaba en orden.

El destacamento que debía marchar se embarcó aquella misma noche, á eso de las ocho, acompañado hasta el puerto por el que le relevó, y por lo que respecta á nuestro oficial, en cuanto se despidió de su camarada, fué á su casa, y se acostó, pues cansado como estaba por el viaje y por sus ocupaciones durante el día, tenía grandes deseos de pillar la cama, en la cual se pasó la noche durmiendo como un bienaventurado.

II.

Al otro día, no bien amaneció, echóse á la calle. No había dado diez pasos por la plaza, cuando sintió que le tiraban suavemente del faldón de la levita. Volvióse, y á dos pasos de él, erguida é inmóvil en el ademán de soldado que saluda, vió á una muchacha con el pelo enmarañado y el vestido andrajoso, alta, gentil y de bellísimas formas, que tenía clavados en él sus hermosos y expresivos ojos negros y le sonreía tristemente.

— ¿Qué quieres? — le preguntó el oficial contemplándola entre sorprendido y curioso.

Pero la muchacha no contestó palabra y continuó sonriendo con la mano en la frente haciendo el saludo militar.

El oficial se encogió de hombros, y siguió su camino; mas no había dado otros diez pasos, cuando sintió otro tironcillo en la levita, y volvió de nuevo la cabeza. Y aquélla siempre firme y erguida como un soldado en fila. Miró en derredor, y pudo convencerse de que no faltaba alguno por allí que estuviera observando aquella escena.

— ¿Qué quieres? — preguntó de nuevo.

La muchacha extendió la mano señalándole con el índice, y le dijo sonriendo:

— Te quiero.

— Comprendo, — pensó, — está tocada.

Y después de haber sacado unas monedas del bolsillo, ofrecióselas, resuelto á seguir su camino. La muchacha, sin embargo, doblando un brazo sobre el pecho, como para defenderse con el codo de la mano que le ofrecía el dinero, repitió otra vez:

— Te quiero.

Y comenzó á patear y á mesarse el pelo con ambas manos, y prorrumpió en un lamento sordo y monótono como el de los niños cuando fingen llorar. En tanto la gente que se había reunido estaba riendo. El oficial miró á los circunstantes, después á la muchacha, á los circunstantes otra vez, y prosiguió decididamente su camino. Atravesó sin nuevo tropiezo la plaza entera; pero llegado á la desembocadura de la calle que conduce al puerto, sintió á sus espaldas un paso breve y ligero, como de quien corre de puntillas, y en el momento en que iba á volverse, una voz sumisa que con desusado acento, murmuró á su oído:

— ¡Mi tesoro!

Estremeciéndose de los pies á la cabeza: no se volvió: apresuró el paso, y de nuevo aquella voz pronunció:

— ¡Mi tesoro!

— ¡Ea! — gritó entonces un si es no es amostazado, volviéndose de repente á la muchacha, que se retiró tímidamente unos pasos, — déjame en paz. ¡Anda con Dios! ¿Has comprendido?

La muchacha se compungió toda; después sonrió, dió unos pasos adelante, y alargando la mano en ademán de hacer una caricia al oficial, que se apartó rápidamente, murmuró:

— No te incomodes, tenientillo.

— ¡Lárgate, digo!

— ... ¡Tú eres mi tesoro!

— ¡Que te largues, ó llamo á los soldados para que te lleven á la cárcel!

Y señaló á algunos de ellos que se hallaban junto á la esquina.

Entonces la muchacha se alejó lentamente y con torcidos pasos, siempre con la mirada clavada en el oficial, y adelantando de cuando en cuando el rostro para repetir una y otra vez sin desplegar apenas los labios:

— ¡Tesoro mío!

— ¡Qué lástima, — decía aquél para sus adentros, tomando la calle abajo en dirección del puerto, — ¡es muy bonita!

Y lo era en efecto. Era un modelo acabado de aquella espléndida y arrogante belleza tan común en las mujeres sicilianas, cuyo amor más bien que inspirado resulta impuesto, y las más veces con una sola de aquellas miradas intensas, profundas y prolongadas que parecen penetrar hasta lo más íntimo del alma, y encienden en quien van dirigidas un fuego no menos devorador que el que en ellas se revela. Tenía negrísimo los ojos y el cabello, amplia la frente y soñadora, rápidos, decididos y llenos de fuerza y vida los movimientos de las cejas y de los labios. En su voz un tanto ronca y velada se notaba algo como cansancio, y en su risa un no sé qué afanoso y convulsivo. Después de reír permanecía un breve espacio con la boca cual si fuera á hablar, y los ojos desmesuradamente abiertos.

III

— Pero, ¿por qué no la encierran? — preguntaba aquella misma noche el oficial al médico, entrando con él en el café de los señores, después de haberle referido minuciosamente cuanto le había pasado.

— ¿Y dónde quiere usted que la encierren? — contestó éste. — Más de un año ha permanecido en el hospital de Sicilia mantenida á expensas del municipio; pero viendo que era tiempo perdido y dinero tirado, la devolvieron á su casa. La verdad es que, según opinión de aquellos médicos, había nada ó muy poco que esperar. Siquiera aquí, la pobrecilla, es libre como el aire, y no hay inconveniente en dejarla, porque excepción hecha de los militares, con nadie se mete.

— ¿Y por qué esta predilección por los militares? — preguntó el oficial.

— Es toda una historia. Ciertamente que cada cual la cuenta á su manera, especialmente el populacho, que no dándose por satisfecho con la verdad escueta, gusta de añadir algo de su propia cosecha. Pero el hecho en sí, según la versión más verosímil, confirmada además por las personas más importantes de la población, se reduce á lo siguiente. Hace tres años, un oficial, que era jefe del destacamento, como lo es hoy usted, y que según parece era un arrogante muchacho, y además tocaba la guitarra que la hacía hablar y cantaba como un ángel, se enamoró de esa muchacha que era entonces, y continúa siendo, la más bonita de la población...

— Lo es realmente, — interrumpió el oficial.

— En cuanto á la muchacha, naturalmente, un poco por su voz, que estas gentes se pieren por la música y el canto, un poco por la importancia que le daba su condición de jefe supremo de todas las fuerzas militares de la isla, y más que todo porque realmente era un arrogante mozo en toda la extensión de la palabra, enamoróse de él. Pero no así como quiera, sino con uno de aquellos amores propios de este suelo, ¿comprende usted? todo fuego, todo pasión, respecto de los cuales nada significan las lavas de los volcanes: celos, furioses, arrebatos, cosas de tragedia. De su familia quedábale sólo la madre, una pobre mujer que sólo veía por

las niñas de sus ojos, y la dejaba hacer todo cuanto se le antojaba. Con lo dicho puede usted imaginar cuánta libertad... No hay para qué decir lo que se murmuraba en el pueblo; pero según parece, todas las sospechas, en cierto modo excusables, á que diera lugar la muchacha con su comportamiento, desvaneciéronse completamente por infundadas, tanto que al presente no hay quién crea que llegaran las cosas á mayores... Y la verdad es que parece extraño y hasta increíble, porque, según algunos, se pasaban juntitos horas y más horas. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que no es esto cosa rara, singularmente en estas regiones: casos se han dado de muchachas apasionadas y libérrimas que se han pasado el día entero al lado del hombre á quien amaban, y que con ignorar, al parecer, lo que fueran el recato y la modestia, han permanecido austeras, tenaces é inexpugnables lo mismo que vestales.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el oficial le había prometido casarse con ella; que la muchacha dió crédito á tales promesas, y que estuvo á dos dedos de perder la cabeza de alegría. Como suena: momentos hubo en que se temió que se volviera realmente loca. Y lo creo. ¿Quién es capaz de saber lo que puede el amor en almas de aquel temple? Un día si no le quitan de entre manos á una muchacha de la cual, no se sabe por qué, se había encelado, acaba con ella. Aquí pasó precisamente, delante del café, y en presencia de todos la abofeteó de lo lindo: fué aquella una verdadera escena. Y no fué esta la única. Como una mujer pasando por delante de la casa de su oficial mirara á las ventanas, ó topándose con él en la calle volviera la cabeza para mirarlo, era cosa sabida, amenazábala con que haría y acontecería.

En resolución, que llegó el día del cambio del destacamento: que el oficial le prometió volver á los dos meses: que la muchacha le creyó á pies juntillas, y que él se fué y no volvió.

La pobrecilla se puso enferma. Posible es que recobrada la salud, y perdiendo poquito á poco la vislumbre de esperanza que en su corazón quedaba, hubiese concluído por olvidarle completamente; pero es el caso que antes de haber entrado en convalecencia, se enteró, no sé de qué manera, de que su amante se había casado. El golpe fué tanto más terrible cuanto menos esperado. Enloqueció. Ésta es la historia.

—¿Y después?

—Después, según he dicho, fué enviada al hospital de Sicilia; después volvió, y ahora, hace cosa de un año que está aquí.

En aquel momento asomóse á la puerta del café un soldado que preguntaba por el médico.

—Le contaré más tarde lo demás. Hasta la vista.

Y así diciendo se fué.

Al levantarse el oficial para saludarle chocó la vaina del sable con la mesa, y casi al mismo tiempo oyóse en la plaza una voz que decía:

—Le he oído: le he oído. Está ahí.

Y al propio tiempo apareció la loca en el umbral de la puerta.

—¡Echadla!—gritó el oficial incorporándose como empujado por un resorte.

Y la muchacha fué despedida.

—Le esperaré en su casa,—decía en tanto se alejaba. Le esperaré en su casa, mi oficialillo.

IV

La madre de Carmela habitaba, con dos ó tres familias de labradores, en una casuca situada en un extremo de la población, y se ganaba escasamente la subsistencia cosiendo en blanco. En los primeros tiempos de la locura de su hija recibía